

te y el futuro parecen entrecruzarse en Mariátegui en un saldar las cuentas con el pasado de la forma más rápida.

Los juicios allí donde se cruzan pasado y presente responden siempre a esta idea en la que aniquilar el pasado colonial es aniquilar la imagen de España. Como nos dice en lo que él llama «testimonio de parte» sólo se salva la peruanidad en pocos nombres, el Inca Garcilaso por encima de todos:

Garcilaso, sobre todo, es una figura solitaria en la literatura de la Colonia. En Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más inka que conquistador, más quechua que español [...] Garcilaso nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de las dos razas, la conquistadora y la indígena. Es, históricamente, el primer «peruano», si entendemos la «peruanidad» como una formación social determinada por la conquista y la colonización españolas. Garcilaso llena con su nombre y con su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano, sin dejar de ser español. Su obra, bajo su aspecto histórico-estético, pertenece a la épica española. Es inseparable de la máxima epopeya de España: el descubrimiento y conquista de América.

La supervivencia cultural del colonialismo es el siguiente argumento «de parte», y en José Gálvez, o en Riva Agüero sobre todo, tenemos su ejemplo máximo. El pasado precolonial y sus evocaciones no son americanismo, sino exotismo, dice Riva Agüero, porque lo ha dicho Menéndez y Pelayo, o Juan Valera.

Los nombres más próximos de la literatura romántica no son peruanos, porque continúan la «pesada e indigesta rapsodia de la literatura española». Sólo Ricardo Palma cierra el siglo XIX evocando el virreinato desde la ironía: «Su burla roe risueñamente el prestigio del Virreinato y el de la aristocracia». Y esto debe salvar a Palma de las manos de los pasadistas como Riva Agüero que quieren apropiárselo. Tras Palma, González Prada abre el espacio de peruanos que lo son porque inician el período cosmopolita de la literatura, sustituyendo al colonial. Mariano Melgar y Abelardo Gamarra asumen también el tránsito, mientras José Santos Chocano es expulsado «al período colonial de nuestra literatura», porque «su poesía grandilocua tiene todos sus orígenes en España». Eguren, Hidalgo, Vallejo, Alberto Guillén, Magda Portal, Spelucín o el indigenismo, significan el tránsito desde el cosmopolitismo de Valdelomar a la peruanidad. El proceso de la literatura peruana concluye en esta perspectiva y en un balance provisional:

En la historia de nuestra literatura, la Colonia termina ahora. El Perú, hasta esta generación, no se había aún independizado de la Metrópoli.

## **Fisuras de la crónica. Manrique antipasadista**

En su obsesión contra el pasado, que tendría muchos puntos a comentar y que no es otra cosa que un viejo debate de la tradición de identidad

latinoamericana, Mariátegui llega a provocarnos desconciertos. Y en ese sentido de desconcierto cabe reinterpretar la «Reivindicación de Jorge Manrique»<sup>10</sup> de 1927, una breve nota en la que Mariátegui reflexiona sobre Manrique y la tradición. El pasadismo es de nuevo el enemigo a combatir y, a través de una referencia de Luis Alberto Sánchez, que llamó «jorgemanriquismo» a un tradicionalismo fijado quizás en el «Cualquiera tiempo pasado/ fue mejor», Mariátegui se lanza a demostrar que ese tradicionalismo es «absolutamente extraño» a Manrique. Lo suyo, dice desconcertantemente Mariátegui, era una filosofía propia «de un místico medieval», una «filosofía que ignora la vanidad del presente como la vanidad del pasado, porque concibe la vida terrena como preparación para la vida eterna. Pesimismo integral y activo que renuncia a la tierra, porque ambiciona el cielo». Y una larga cita de las coplas reafirmando este sentido nos conduce de nuevo a su clave interpretativa:

La poesía de Jorge Manrique se enlaza por estos versos con esa mística que, como lo proclama Unamuno, es acaso la única genuina filosofía española. La única que vive porque vivió y, como escribe también el maestro de Salamanca, «lo que ha vivido vivirá». Filosofía a la que no se puede sospechar de pasadismo, no sólo porque más que idea era acto, sino porque miraba a la inmortalidad. Actitud ambiciosa y futurista, porque ¿qué futurismo más absoluto que el del místico, desdeñoso del presente y del pasado por amor de lo divino y de lo eterno?

Y aquí es donde el agónico cristiano y el agónico marxista José Carlos Mariátegui vuelve a intentar una síntesis contradictoria: salvar a Manrique de su tentación de pasado porque el cielo es su futuro parece inevitablemente un caos de pensamiento, y en este caos promulga el mensaje definitivo:

la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación del pasado en un presente sin fuerzas, para incorporar en ella su espíritu y para meter en ella su sangre.

En todo esto, Manrique ha sido cogido por los pelos para su insistencia contra el pasadismo e, inevitablemente, ha aparecido Unamuno como sistema interpretativo que, a veces, parece que sirve para explicar todo. Si esta intervención la hubiera planteado desde la coherencia del pensamiento de Mariátegui, me vería obligado seguramente a decir más cosas. Desde el punto de vista que he asumido diré simplemente que Mariátegui se sitúa esta vez ante un fragmento de cultura española, ante Jorge Manrique, para luchar contra el pasadismo. Y la anécdota no tiene ni más valor ni menos que lo que su descripción nos permita pensar.

<sup>10</sup> En *El artista y la época*, vol. VI de *Obras Completas*, Lima, Biblioteca Amauta, 1964, págs. 126 y ss.

## Ante la España contemporánea

A partir de 1926, Mariátegui vuelve a prestar atención a la cultura española. A veces son notas intrascendentes como la dedicada a reflexionar sobre la barba de Valle Inclán<sup>11</sup> que se basa en una larga cita del inevitable Waldo Frank. Otras veces hay un intento de penetración en obras y pensadores. El episodio Unamuno, en síntesis, fue el resultado de una pasión y de un arduo trabajo para conseguir que don Miguel escribiera en *Amauta*.

¿Quiénes forman el conjunto de intelectuales españoles contemporáneos a los que Mariátegui presta atención? El análisis de algunos nombres puede abrirnos una clave de crónica para entender por qué se ocupa de ellos. Algunos tuvieron el espacio de un artículo para establecer una directa vinculación política: hay cinco nombres sobresalientes en este sentido, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega y Gasset, Luis Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón y Luis Araquistáin. Los cinco tienen un papel muy activo en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera, y tres de ellos conocieron el exilio —el voluntario en Blasco— o el vinculado a la expulsión de Unamuno en Eduardo Ortega y Gasset y Luis Jiménez de Asúa. En el caso de Eduardo Ortega y Gasset, abogado y periodista, Mariátegui escribe una nota en 1927<sup>12</sup> protestando por su expulsión de Hendaya por parte del gobierno francés. En Hendaya, nos recuerda Mariátegui, publicaba

en la frontera misma, con la colaboración ilustre de Unamuno, una pequeña revista, *Hojas libres*, que a pesar de una estricta censura circulaba considerablemente en España. Las más violentas y sensacionales requisitorias de Unamuno contra el régimen de Primo de Rivera se publicaron en *Hojas libres*.

Recordemos que Eduardo Ortega y Gasset fue el animador, durante el exilio anterior en París, de una famosa tertulia en el café *de la Rotonde*, en Montparnasse, a la que acudían Picasso, Juan Gris, Juan Larrea, César Vallejo, Corpus Barga y Blasco Ibáñez, entre otros, y que precisamente será evocado por Unamuno en 1930, cuando explica su actividad en el exilio:

...agobiado de París me fui a Hendaya, donde con Eduardo Ortega y Gasset y Blasco Ibáñez hice todo lo que pude contra el Rey y la Dictadura. Unas veces conferencias, otras artículos, versos, sonetos<sup>13</sup>.

Más importante son los textos que Mariátegui dedica a Luis Jiménez de Asúa: el primero de ellos, de 1926, se titula «La protesta de la inteligencia en España»<sup>14</sup>, y analiza la represión que ha caído sobre Julio Álvarez del Vayo y otros, para destacar que Jiménez de Asúa ha sido deportado a las islas Chafarinas, a su regreso de América Latina, tras una campaña contra

<sup>11</sup> «Últimas aventuras de la vida de don Ramón del Valle Inclán», en *El artista y la época*, cit., pág. 130 y ss.

<sup>12</sup> «La expulsión de Eduardo Ortega y Gasset», en *Figuras y aspectos de la vida mundial*, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1986, vol. XVIII, págs. 88 y ss.

<sup>13</sup> Citado por Gregorio San Juan, en *Prólogo a Miguel de Unamuno*, De Fuerteventura a París, Bilbao, Ed. El Sitio, 1981, sin paginación.

<sup>14</sup> *Figuras y aspectos de la vida mundial*, II, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1986, vol. 17, págs. 73 y ss.

la dictadura en universidades hispanoamericanas. La razón última que expone Mariátegui es la siguiente:

Don Miguel de Unamuno ha sido reemplazado en su cátedra de Salamanca, medida que determinó, justamente, la protesta de Jiménez de Asúa, reprimida con su reclusión en una isla de lúgubre historia.

El ilustre jurista español contó así, en sus *Notas de un confinado*<sup>15</sup>, el episodio:

Un día nos enteramos los españoles tiranizados de que don Miguel de Unamuno, el pensador más firme y más español de nuestro suelo, había sido confinado (esta es la expresión exacta) en el islote de Fuerteventura, de las Islas Canarias, porque otras personas dieron publicidad en la Argentina a una carta privada que el maestro dirigía a un amigo allá residente [...] Los que manejamos el código penal a diario no pudimos disimular nuestra perplejidad.

La figura de Jiménez de Asúa es ampliamente valorada en la nota de Mariátegui como «uno de los representantes de la inteligencia española que Hispano-América más conoce y admira» y como «embajador de la inteligencia española», para concluir que:

El acta de acusación de Jiménez de Asúa le atribuye en primer lugar una campaña de descrédito de España en los países de Hispano-América. Pero, desgraciadamente para Primo de Rivera, los llamados a fallar sobre este punto somos nosotros los hispanoamericanos. Y nosotros certificamos, por el contrario, que en estos países Jiménez de Asúa no ha hecho ni dicho nada que no merezca ser juzgado como dicho y hecho en servicio de España. Y del único iberoamericanismo que tiene existencia real en esta época.

Dos años después de este episodio, comenta Mariátegui el libro *Política, figuras, paisajes* de Jiménez de Asúa<sup>16</sup>, para realizar una larga reflexión sobre un neoliberalismo que, por necesidad histórica, se está poniendo en la frontera del socialismo. Se detiene en un párrafo del prólogo del jurista español, allí donde dice éste que ha estado desentendido durante largos años de las preocupaciones políticas y sociales, pero que «A tiempo he comprendido que los técnicos que adjuran de su cualidad ciudadana merecen el más denso menosprecio». La reflexión sobre esta actitud es aquí uno de los temas preferidos de Mariátegui, quien ve el compromiso también en Gregorio Marañón, a quien dedica sus artículos «La ciencia y la política» y «Los médicos y el socialismo»<sup>17</sup>. Frente al compromiso de estos, entre los que siempre aparece la referencia necesaria y emocionada a Unamuno, otros transitan un camino diferente, y entre estos se hace inevitable el comentario a José Ortega y Gasset:

José Ortega y Gasset [...] dice que la entrada de un literato en la política acusa escrúpulos de conciencia estéticos. El argumento está muy seductoramente sostenido —como están siempre los argumentos de Ortega y Gasset— en un artículo ágil y ele-

<sup>15</sup> Citado por Gregorio San Juan, op. cit., sin página.

<sup>16</sup> Signos y obras, Obras Completas, Lima, Edic. Amauta, 1984, vol. VII, págs. 132 y ss.

<sup>17</sup> Ibídem, págs. 136 y ss.